

Cultura a la contra

PRIMAVERA

La primavera es —como el otoño— ficticia; un invento de los hombres para llenar esa tierra de nadie entre el calor y el frío, entre los igualmente cañudos —aunque tan distintos— invierno y verano. Puede decirse que son convenciones, convenciones que han servido solamente —y no es poco— para dar pie a los inventos de dos castas supervivientes de los antiguos chamanes: los poetas y los meteorólogos.

Es una estación que me cae bien. Entre otras cosas, porque a la juventud le salen granos, y yo he aprendido —adaptándome a los tiempos— a considerar el acné juvenil como algo altamente erótico, como una especie de floramiento gracioso del rostro, en brotes que presagian sangre nueva. Alguien dijo una vez, hablando de un poeta al que despreciaba: "Este hace versos como a quien le salen granos". Si yo hiciera versos, me gustaría que me salieran así: de una manera espontánea y violenta, como una erupción. Porque los granos son fenómenos similares a los estallidos de los volcanes: con fuego y lava, demuestran que todavía existe fuego interno.

También es una estación eminentemente ciudadana la primavera. Artificial y caprichosa, siempre cambiante —cualidad que transfiere a quienes hemos nacido en ella: no puede uno fiarse nunca de la constancia de alguien nacido en abril—, su luz indecisa pero brillante se refleja en el chapado de los automóviles, cantillea en los escaparates vitrisimos de las "boutiques", pone incendios ilusorios, como auroras boreales, sobre las parejas que toman su martini al atardecer en las terrazas. Sus ráfagas de viento se lanzan, suicidas, desde lo alto de los rascacielos a esos patios interiores donde canta siempre una criada, y se estrellan en la calle en torbellino de papeles sucios. En el campo, casi no tiene color. La monotonía verde de las praderas, lo aburrido del canto de los pájaros —que, más que canto, debería llamarse sucesión inconexa de grititos ridículos— y, en fin, la famosa "paz del campo", que es la paz del aburrimiento, la paz idiota de la hora del ángelus, nada tiene que ver con esa temporada inventada y vivarachita. ¿A quién le interesa —si no es tonto o budista zen— el reflejo de un crepúsculo en los ojos de una vaca? Olvidemos el campo con sus flores o dejémoslo para el verano, donde puede admitirse una cierta grandeza.

Ya es primavera en la calle de la Princesa. Han florecido, al mismo tiempo, puestos de libros y tenderetes de flores. Los "hippies" rezagados —todavía no se han dado cuenta, los pobres, que su tiempo pasó— venden artesanías ingenuas a precios carísimos. Y los gitanos pregonan sus flores, siempre pendientes de la inoportuna llegada de los municipales; pero ahora que éstos son socialistas, tal vez les dejen una mayor libertad en sus negocios, que no sé si serán ilícitos o no, pero que dan color. En esta calle estudiantil, la primavera tiene un carácter erótico muy acusado, y el aire está lleno de erecciones involuntarias al contemplar las bellezas que transitan cada vez menos vestidas. Esta es una de las estaciones más propicias para la lujuria: carece del rigor caluroso del verano, cuando los cuerpos sudorosos se mezclan como con desgracia, y se prefiere con mucho la bañera a la cama; y no provoca el entumecimiento frío del invierno, enemigo de liliaciones y tumescencias. Estación flasheante y venturosa, donde cualquier aventura nos parece posible a los ingenuos.

También es primavera en "La Bobia", esa culminación moderna de las mañanas del Rastro. Allí, harapientos y abigarrados, se reúnen jóvenes salidos de sus cavernas para saludar al sol y hacer un venturoso pase de sustancias prohibidas —y tan agradables algunas de ellas—, al amparo de la sombra de sus gafas oscuras. Venden gramos de bienestar y también dosis de angustia. Sus cuerpos flexibles son flores de billar y periferia. Y, en cierto modo, nos hacen apreciar el sol a nosotros, que solemos con mucho preferir los juegos bárbaros de la noche.

La primavera está aquí. No sé si tendrá algo que ver con la cultura o con la contracultura; lo que sí sé es que se trata de una temporada muy divertida. ■ EDUARDO HARO IBARS.

gorosa vida teatral—, un fenómeno irrelevante. Sólo ello podría explicar, por ejemplo, que la actual gira de "Ditrambo" por las Universidades norteamericanas, con obras de Luis Riaza y Romero Esteo, no hayan encontrado, en una ciudad tan curiosa como Nueva York, un escenario donde recalar y mostrar el trabajo. ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

La inteligente estupidez de los Ramones

Qué gracia lo de los Ramones. Aquel simpático cuarteto de cretinos ataviados con el uniforme de delincuentes juveniles, que en 1976 surgieron de los tugurios neoyorquinos, están resultando ser la banda más importante de los últimos tiempos. Los Sex Pistols se extinguieron tras un corto y fulgurante recorrido y sólo dejaron el recuerdo de su rabia infinita y —como cualquier otro grupo rentable— una maraña de embrollos judiciales, pero los cuatro Ramones han producido

otros tantos LPs y han penetrado con su estética "minimalista" en la médula del "rock" de los setenta. Ocurre que aquellas guitarras rugiendo como sierras mecánicas, aquella sección rítmica disfrazada de martillo neumático, aquella voz ingeniosamente imbécil ya resultan más familiares que subversivas, ya están en "Los 40 principales" y también en el agujero secreto donde ensaya el nuevo grupo duro de tu barrio.

Si la fórmula musical de los Ramones era irresistible —canciones cortísimas machacadas con agresividad y volumen—, no lo era menos su presencia física y el concepto al que esta respondía. Básicamente, los Ramones intuyeron que su generación, las gentes que habían crecido espiritualmente tragando anualmente miles de horas de bazofia televisiva, habían sufrido irreversibles lesiones cerebrales. Así, sus piezas estaban llenas de psicópatas, sádicos, zopencos y subnormales cuando no de "teen-agers" infelizmente enamorados o inmensamente frustrados. La suya era una visión negra y sardónica de la subcultura juvenil norteamericana, montada sobre una base ruidosamente enérgica. Como digo, irresistible.

Y pasando al presente, aquí está el cuarto LP de los Ramones. "Road to Ruin" (Hispanavox S 60.137) no muestra sorpresas apreciables. Quizá que los "her-

El cuarteto Ramones.



manos" Ramones tienen ahora más dificultad para parir sus pequeños clásicos: "El camino a la ruina" sólo tiene seis canciones por cara y una de ellas es su versión —exquisita, por otra parte— del viejo "Needles and pins". Por lo demás, se confirma la tendencia a la depuración de los elementos más extremistas que se apreciaba en discos anteriores; desaparecen los monstruos de las letras, se refina la producción y se levanta el pie del acelerador con más frecuencia de la habitual. Quedan en los surcos unos Ramones más "pop" que "punk", más identificados con las caricaturas que con las pesadillas. La fórmula sigue conservando su vitalidad y los Ramones siguen siendo una de las proposiciones más divertidas del "rock" de los setenta. Como ayer, son indispensables para mantener la sonrisa y el cuerpo a punto. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

ARTE

José Luis de Dios —que vaya si tiene un nombre por lo menos respetable— es de la tierra "da chispa", como la llaman los propios gallegos, caracterizando de esa manera la noble profesión de los que recorren todos los caminos de España, y aún de más allá, afilando cuchillos y previniendo al personal de su existencia, por medio de la cornamusa. José Luis de Dios es de la tierra que nos provea a los españoles de los hombres de "la chispa", pero él mismo no es un afilador. ¿Pero quedan ya afiladores, como aquellos que pasaban esporádicamente por los pueblos de nuestra infancia? Temo que no. Sin necesidad de convocarse con el armonioso pito, yo he estado muchas veces con José Luis y con otros amigos, algunos de ellos también orensanos, como Acisclo, el escultor. Y puedo garantizar que, además de magníficos artistas, son formidables acompañantes para tomar unas copas de vino. Pero ahora de lo que se trata es del artista José Luis de Dios, que tiene abierta una excelente exposición en la madrileña galería Frontera (1).

(1) Madrid.



Dibujo de José Luis de Dios.

José Luis de Dios: Dibujos y algo más

José Luis de Dios es eso que en la terminología más o menos convencional de la pintura se le llama "un dibujante": un pintor que le presta mucho énfasis al elemento lineal y dibujístico del cuadro; que no le importa destacar mucho ese elemento, como algo muy primordial. Ha habido grandes pintores que le han concedido una importancia primordial al elemento visivo de su di-

bujo; Picasso. Pero no siempre ha sido así. Ha habido grandes pintores para quien el dibujo quedaba como una potencia de fondo, sin énfasis: Velázquez. José Luis de Dios se situaría más bien en la primera clasificación. Pero ello no indicaría ninguna superioridad, pues la potencialidad del dibujo, más o menos visible, está siempre en todo cuadro. Depende además de la virtual necesidad que el pintor tenga de la exhibición de determinados elementos gráficos. Como en José Luis de Dios. La pintura de José Luis necesita la aparición enfática del elemento gráfico, pero

no como acción gráfica, sino como acción pictórica. Es decir, el pintor José Luis de Dios se sirve de elementos pictóricos que proceden del mundo gráfico... De la misma manera que un manipulador de "collages" también puede hacer "pintura" valiéndose de recortes de papeles o de trapos...

Otro aspecto característico del mundo de José Luis de Dios es su apertura y aun su proclividad a aspectos fragmentarios, divididos y diversos. Se diría que él acusa una cierta posible indiferencia hacia toda posible unidad de las imágenes del mundo..., de su mundo. Pero no. Claro que su mundo tiene una unidad evidencísima, pero ella..., esa unidad, no la forma nunca, o casi nunca, un gran cuerpo único o una escena unitaria, sino, casi siempre, una miríada de cosas, de cuerpos partidos pero unidos en el sentido de su unicidad, o de pequeñas escenas que todas juntas tienen también sentido unitario...

De cualquier manera, si bien ese parece ser el estilo primordial de lo de José Luis, no quiero decir con ello que su arte esté férreamente ligado a esa manifestación de sus formas. De vez en cuando aparece en sus cuadros la unicidad de una forma... Y se ve que esa manera de expresarse también es muy José Luis de Dios.

En realidad, todo lo que aparece muy visiblemente en toda su obra —o la forma unificada, o la forma dividida, o la multiplicidad de forma—, todo ello no es más que la manifestación evidente de la versatilidad con que el pintor José Luis de Dios se maneja en el problema de la forma.

Y acaso esa sería la superior sensibilidad que se manifiesta con toda evidencia en José Luis de Dios: la de su sentimiento de la forma, por encima del otro sentimiento, el cromático o puramente pictórico.

Ese predominio del sentido formal es, acaso, el que se interpreta muy fácilmente por una cierta sección del pictoricismo, diciendo de ese o de cualquier otro pintor similar que es "un dibujante". Bueno, está bien. No es una interpretación muy profunda, pero es correcta. Cada pintor tiene la base dibujística que necesita. José Luis de Dios tiene en su obra la base de dibujo que necesita su sentimiento de la forma. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.